

DEL MISMO CUERO SALEN LAS CORREAS

Por fin sacó el Gobierno la carta que tenía escondida en la manga: después de tanto machacar con la cantilena de que su principal objetivo es "erradicar" la pobreza, ha anunciado que para iniciar la batalla tendrá que aumentar los impuestos y elevar el precio de los hidrocarburos, ya que el Estado carece de los recursos necesarios. En buen romance, esto significa que tendremos que comer menos para dejar de ser pobres, a largo plazo y si Dios quiere. El Estado pide una limosna obligatoria a los mendigos para darles de comer algún día. No nos habían explicado esta extraña dialéctica en su campaña electoral.

Tradicionalmente, nos cobraban impuestos para solventar el funcionamiento del Estado, o para nivelar los gastos públicos con los ingresos, de conformidad al añejo pensamiento del benemérito Adam Smith, padre de la economía liberal; o para contribuir a la estabilización económica, siguiendo las recetas de su discípulo John Maynard Keynes. Pero, que yo sepa, esta es la primera vez que se impone gravámenes a los hambrientos para que dejen de serlo, o más bien para que alimenten esa vana ilusión. Aquí salta a la vista la falacia de ese viejo slogan con que se suele justificar las exacciones del Estado contra los ciudadanos: "Pagar impuestos es invertir en uno mismo". ¿Cuánto hace que venimos invirtiendo en nosotros mismos y empobreciéndonos más y más cada día?

Si no los conociéramos, podríamos pensar que nuestros líderes políticos al fin han comprendido que la política económica no debe ser simplemente recaudadora o estabilizadora, o sea fondomonetarista, sino fundamentalmente social, entendiendo los impuestos como un contrato entre los ciudadanos y una ficción llamada estado, que por ello está obligado a administrar los intereses comunes y atender todos los servicios públicos y el bienestar de la comunidad. Pero, aunque nos hablan de "modernidad", de "globalidad" y de otras añagazas, sus duras molleras siguen siendo medievales, y hacen que el Estado sea algo tan lejano de la realidad social que solo se patentiza en forma de gordos e insensibles funcionarios que además de gastar la plata de todos en beneficio propio nos hacen la vida imposible con exigencias cada vez más intolerables.

Reiteradamente, altos jerarcas del régimen han declarado que seguirán el mismo modelo político y económico de sus predecesores, solo que con añadidos que "humanicen" el desarrollo económico. Pero la cuestión no está

en ver los "aspectos sociales" ni en atender a un "desarrollo sostenible", sino en comprender que cualquier forma de desarrollo debe ser esencialmente social, y que la economía es solo una herramienta, y no un Dios al que se debe ofrendar el sacrificio de los ciudadanos. La política económica tiene que estar supeditada a la política social, y no al revés.

La llamada "cuestión social" no es simplemente un argumento político ni solo un problema sociológico. Se hace dramáticamente visible y palpable en una infinidad de conflictos humanos que observamos a diario en rededor nuestro: el desempleo, la mendicidad, la prostitución, la criminalidad, los hacinamientos miserables, las enfermedades endémicas, etc. Podemos aceptar que todo ello puede solucionarse con un proceso de desarrollo sujeto a una serie de continuas y sucesivas inversiones; pero siempre que estas inversiones no se reduzcan a lo económico y mucho menos haciendo que los billetes salgan del bolsillo de contribuyentes ya desnutridos y anémicos. Los problemas de desarrollo solo pueden entenderse como un proceso social total.

En rigor, los gobernantes ni siquiera hacen inversión económica y menos inversión social. Lo que hacen es inversión política, porque de los resultados inmediatos depende su subsistencia y de ahí que cuando nuestros impuestos sirven para algo mas que para hacer fortunas sucias es, por ejemplo, para asfaltar calles, obras que "entran por los ojos", y no para construir alcantarillas, que no se ven y no sirven para la demagogia. La salud y la educación, causas fundamentales de la pobreza, tampoco se ven, de modo que invertir en esos campos no es políticamente rentable.

La capacidad legal del Estado para crear impuestos y para cobrarlos se apoya en un supuesto "consentimiento" nuestro que damos "indirectamente", mediante "representantes" elegidos "democráticamente" y que son, a la vez, los encargados de gastar el dinero que ponemos. El problema esta en que para ellos es fácil gastar, pero para nosotros es difícil pagar, y lo más grave es que, aunque tuvieramos dinero que "invertirlo en nosotros mismos", no tenemos confianza en el recaudador, Bolivia tiene uno de los más altos índices de evasión impositiva, no solo de capacidad contributiva del pueblo, sino fundamentalmente por falta de capacidad moral de gobernantes.

Para el gobierno, del mismo cuero harapiento saldrán las correas; y quiere crear más impuestos o incrementarlos porque cree que no somos tan pobres como para no pagarlos; o sea que la lucha contra la pobreza es solo un pretexto para exprimir más nuestros bolsillos, porque parte del falso supuesto de que tenemos un excedente monetario al cual ya le han puesto el ojo encima.

AUTOR: *Waldo Peña Cazas*, Periodista

Responsable de edición: [María Lohman](#)